

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 198

Valencia, 18 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

Las palabras infieles

El correo nos trae un ejemplar reciente de «Candide» —«hebdomaire parisien et litteraire»— 5 de agosto 1937. El periódico recuerda a Voltaire sólo por el título. Por lo demás se aproxima a los jesuitas, a la Inquisición, al imperialismo, condenados y escarnecidos por Voltaire en el más pequeño de los grandes libros que conocen los hombres.

Este número trae un reportaje con un título sensacional a toda página: «Cómo he visto yo la guerra en España», firmado por Didier Poulain, que regresa del campo de Franco dispuesto a toda clase de concesiones, elogios y ditirambos. Pero la realidad pesa demasiado y a la hora de escribir M. Poulain «poulain» en francés quiere decir petate; retoza entre los hechos y algunos de ellos se le sublevarán. Así, no tiene más remedio que hacer, al desgaire y como de paso, confesiones de un gran valor. Las realiza mucho, la circunstancia de ser hechas por un incondicional del traidor Franco.

Poulain ha conocido jefes italianos, entre ellos un general de aviación y otro que manda las «flechas negras» y también jefes alemanes. Sus prejuicios de franquista comienzan a quebrarse con una confesión: «tanto de un lado como de otro, detrás de una máscara amistosa, alemanes e italianos se miran como perros de presa rivales». Y añade: «Yo he visto Durango y ante sus ruinas me ha dicho el italiano que me acompañaba: «los alemanes han hecho ahí y en Guernica un trabajo de asesinos».

M. Poulain sigue diciendo por su cuenta: «los alemanes, por otro lado, desprecian a los italianos. El eje Roma-Berlin con su pequeña ligazón, por Salamanca? Sí, puede ser. Pero yo he visto que los italianos no aman precisamente a los alemanes y que éstos les corresponden cumplidamente».

Italianos y alemanes no están, tampoco, muy de acuerdo con los españoles franquistas. «Los oficiales italianos os dicen con una ironía desdenosa, hablando de la escasez de tropas españolas franquistas en los frentes: ¿la no intervención? Nadie mejor que Salamanca para practicarla». Y M. Poulain comenta: «Es innegable que la costa de Guipúzcoa está demasiado guarnecida por jóvenes españoles de edad militar que prefieren el turismo, las

mujeres guapas y los coches de lujo a los tiros de los aviones».

Vuelve a hablar de los resentimientos entre alemanes e italianos y M. Poulain, que declara tener los mejores elementos de juicio por haber recogido impresiones en las alturas, en los frentes y en las calles y cafés de la retaguardia, hace una confesión inapreciable: «En cuanto a los españoles, ellos querían enviar a todas estas gentes al diablo». M. Poulain que a lo largo de seis apretadas columnas de prosa franquista cree rendirle al «generalísimo» un gran servicio, no se da cuenta de estas dos docenas de palabras infieles por las cuales se ha filtrado la realidad contra todas las previsiones.

Pero hay otras confesiones en el párrafo final, en donde se reconoce todo lo confusamente que se quiera, que el interés nacional francés está históricamente de nuestro lado. Confiesa M. Poulain el peligro que para Francia representaría el triunfo del fascismo internacional en España: «Lo primero que salta a los ojos, llegando a San Sebastián, es que los taxis, arbolan en el capote una banda de metal que lleva cinco banderas en abanico: la cruz gamada, el fascio de Roma, el rojo y gualda de Salamanca, el escudo portugués y la estrella musulmana sobre fondo verde. Símbolos de fuerzas dispares que en España se han reunido y tratan de consolidarse contra nosotros».

Parece que M. Poulain ha visto claro, pero se apresura a deshacer el equívoco con una declaración bizarra. «Ustedes creen que esa amenaza han levantado y la alimentan hoy los monárquicos, los requetés, los traidores que en 1914 pedían la intervención de España en favor del kaiser? No hay tal M. Poulain lo dice bien claro: «todas esas fuerzas las ha reunido y conciliado contra nosotros un año de política de frente popular en Francia».

Pero, en fin, los hechos que confiesa quedan en pie y ahí están. La opinión personal de M. Poulain sobre ellos, interesa menos.

M. Poulain no está perdido aún del todo: puede salvarse y se salvará probablemente por la ingenuidad.

RAMON J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN).

METRALLA SOBRE MADRID

El Archivo Histórico Nacional objetivo de la artillería fascista

El Archivo Histórico Nacional ha resultado ser también un objetivo de guerra para los fascistas. Lo mismo que el Museo del Prado, lo mismo que el Museo Antropológico y la Biblioteca Nacional. Hacia él apuntaron sus cañones los fascistas. Está en un edificio contiguo al de la Biblioteca Nacional, y al pasar ahora por las calles que le rodean, vemos algunas casas lamidas por la metralla.

Pero la metralla que deseamos ver es la que ha caído dentro del Archivo. Hacemos la visita una mañana tranquila. No se oye más que alguna que otra explosión. Madrid desarrolla su vida activamente. Las calles tienen un aspecto

animado. Aquí en el Archivo, también se trabaja activamente.

Del Madrid destruido han llegado colecciones de pergaminos y grandes cantidades de documentos de valor histórico. Proceden de parroquias o de casas particulares que han sido destruidas por la artillería o la aviación fascista. Todavía se están trayendo de los barrios devastados, camiones llenos de documentos. Ha sido necesario sacarlos de entre escombros. Cuando se descombraba tal casa se hizo este hallazgo. Y aquí en el Archivo, en la sección de ingresos, desde hace muchos meses, se trabaja en la clasificación de todo lo recibido.

El señor Gil Ayuso, con otros co-

laboradores, se dedica incansablemente a esta actividad.

—¿Han interrumpido durante algún tiempo esta labor?

—No hemos dejado de trabajar un solo día desde que han comenzado los bombardeos. Es mucho lo que hay que hacer. El Archivo se ha enriquecido enormemente con los ingresos que llegan cada día. Estos documentos, algunos de gran valor, se hubieran perdido si no hubiese sido por la abnegación de milicianos y personas humildes que, en ocasiones, han expuesto la vida por salvar un Archivo. Estas personas son mucho más admirables cuando se tiene en cuenta, que por no haber recibido la instrucción necesaria, no

La Unión de Sindicatos de Londres contra la concesión de los derechos de beligerancia al general Franco

Inquietud por los actos de piratería que realizan los facciosos

Londres.—En una carta dirigida por Mr. A. M. Wall, Secretario de la Unión de Sindicatos de Londres, a Mr. Eden, cuyo texto había sido aprobado unánimemente por aquella organización, se le hace saber la inquietud con que se ve que la Gran Bretaña no haya tomado ninguna medida para impedir «los actos de piratería» en alta mar.

La Unión de Sindicatos muestra además su inquietud por los rumores que circulan según los cuales el Gobierno británico examinaría la cuestión del reconocimiento de los derechos de beligerancia al general Franco. La carta añade: «Creemos que la atribución de tales derechos no será tolerada por el pueblo inglés».

Ayer se celebró en la Delegación Vasca la primera misa privada

La noticia de haberse celebrado la primera misa ayer en Valencia, ya la teníamos en nuestra Redacción. El señor ministro de Justicia nos la confirma diciendo:

—Efectivamente, ayer tuvo lugar en la capilla instalada en las oficinas de la delegación Vasca de Valencia, el acto de la celebración de la primera misa. A ella asistieron algunas personalidades extranjeras, entre las que se encontraban representantes del Cuerpo Diplomático y varios católicos ingleses.

Con objeto de asistir a ella, el ministerio de Estado recibió petición de entrada a favor de esas personalidades católicas inglesas, a lo que accedí en el acto.

«La Correspondencia, de Valencia».

podían comprender, a no ser por su fina intuición, la importancia que tiene el conservar códices y toda clase de documentos.

El director accidental del Archivo, don Antonio de Torres, me dice:

—¿Quiere usted ver dónde cayó un obús? Venía por el Archivo, pero puede decirse que hemos sido nosotros los que le hemos cazado. Es un caso curioso.

El proyectil penetró por el techo de la sala de órdenes. Su trayectoria es interesante. Se metió por una estantería, cruzó hacia otra, y no estalló. Durante un día no se supo más de él. ¿Dónde se había metido? Al fin lo encontraron enterito en el fondo del cajón de una estantería. Le conservan los archivos como a un pez que hubiese caído en las redes.

El señor Torres hace esta observación:

—Si hubiese estallado, nos hubiera estropeado la sala, pues es de buen tamaño.

Luego me habla de las épocas en que se podía trabajar más tranquilamente. Cuando venían a documentarse al Archivo sabios españoles y extranjeros. Y recuerda los documentos que hacían renacer la vida de la Universidad de Alcalá de Henares. La Universidad era generosa para los estudiantes. El Cardenal Cisneros se preocupaba del alimento espiritual de sus alumnos, pero también se preocupaba de que comiesen bien. La continuación de la cultura, de que era sede Alcalá, es la que defendemos, luchando, unos en las trincheras, conservando otros la historia viva de España en este Archivo. Y por esto los fascistas lanzaron su metralla sobre la Biblioteca y el Archivo y sobre la tumba que en Alcalá de Henares guardaba los restos del Cardenal Cisneros. Porque a los alemanes y a los italianos no les importa la

historia de España ni la conservación de su cultura. Lo único que les importa de España son sus minerales y su situación estratégica para usarla como colonia.

El director del Archivo continúa sumergiéndose en épocas pasadas de nuestro país. Me recuerda Historia, mientras un estampido, en medio de la tranquilidad de esta mañana de agosto, nos dice que la continuamos haciendo. Es la historia de estos días apretados de España, que recordarán nuestros descendientes como los más heroicos y más trascendentes que tuvo.

En tercera página:

Figuras de la Comisión Internacional de Ayuda a España

Opinión del ilustre
profesor de la Sorbona
Henri Wallon

Rudolf Leonhard, escritor alemán, expone su criterio sobre la guerra

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

Dramático final del director del diario "El Defensor de Granada"

(Relato, según las declaraciones prestadas ante la Fiscalía del Juzgado municipal de Alhama de Murcia por los testigos Antonio Gil Rodrigo, pintor, Antonio García Giménez, escultor, y Luis Carretera Martín, campesino, naturales y vecinos de Granada.)

EN EL PATIO CARCELARIO

En la espesa barandá de aquella cárcel, en la que más de 2.000 presos, que detenidos por significación política de izquierda, llenaban los calabozos, claustros y patios, el periodista Constantino Ruiz Carnero, director del diario "El Defensor de Granada", comentaba con otros compañeros de prisión, sobre su propia desgracia y el infortunio de la ciudad sobrecogida de horror bajo la ferocidad represiva de los facciosos.

Apenas dominada Granada por los militares sublevados, habían surgido patrullas de falangistas armados—verdaderas bandas de insospechados foragidos— que, con el beneplácito de las improvisadas autoridades fascistas, se lanzaron, con impudico jolgorio, al exterminio de todas las personas adictas a la República. Era como una general carnicería, en la que las víctimas se veían acosadas en las calles o capturadas en sus hogares asaltados por las hordas desenfrenadas. La cárcel oficial y las numerosas prisiones particulares instaladas con febril apresuramiento, se atestaban rápidamente durante el día y se descongestionaban por la noche cuando centenares de detenidos eran sacados de ellas para ser fusilados en el campo.

Como al aniquilamiento de personas perseguidas por móvil político o social se unían numerosos crímenes perpetrados por motivos de rencores particulares que así liquidaban los facciosos, nadie, en la ciudad, consideraba segura su existencia.

Granada se estremecía en silencio, abrumada por aquel horrendo torbellino...

UN PROPOSITO QUE DEMORA UN FUSILAMIENTO

El periodista preveía el fin que le esperaba, con sólo pensar en sus muchos amigos que ya habían sido asesinados por los falangistas y los militares.

Acibullados a balazos, habían caído, en pocos días, el poeta García Lorca, el alcalde de Granada, Fernández Montesinos; el presidente de la Diputación provincial, señor Castilla; el ingeniero Santa Cruz; Antonio Alcántara, que había sido candidato del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero; el presidente de Izquierda Republicana, señor Villoslada; tres catedráticos de la Universidad; varios profesores de la Escuela de Artes y Oficios; el general Campín; el concejal don Luis Fajardo; el teniente Arcas; el maestro de escuela Alberto Muñoz; el capitán Fenoll, y tantos otros, unidos a los miles de ciudadanos sacrificados en grandes grupos, por la fiera perversión de los facciosos.

Esta triste evocación de ciudadanos fusilados con sádica presteza, hacía pensar a Constantino Ruiz en que algo anormal debía ocurrir respecto a él para que se le tuviera detenido desde hacía varios días, sin que hubieran adoptado todavía los facciosos una determinación. Ignoraba el escritor que unos falangistas, luego de prolijas deliberaciones, habían acordado redactar un artículo lleno de injurias para la República y de amenazas para Franco, con la intención de obligar al periodista preso a que lo firmase como suyo. Los reaccionarios comentaban, con fruición, el efecto que, al ser divulgado por la prensa facciosa, produ-

ciría aquel escrito con la firma autógrafo de un tan destacado republicano como era el director de "El Defensor de Granada". Después, fusilarían al forzoso autor; ellos citaban que había desaparecido. ¡Y asunto terminado!

EL CRIMEN

Cuando, primero con falaces promesas, y luego con amenazas, le fue hecha tan denigrante proposición, Constantino Ruiz la rechazó con palabras airadas. ¿Cómo habían llegado a suponer que él habría de ser capaz de firmar aquello? ¡El era republicano y prefería morir antes que ceder a una abominable apostasía de sus ideas! Y nada más; si quienes le proponían aquella canallada no tenían otra cosa que manifestarle, daba él por terminada la conversación.

La actitud del preso no ofrecía dudas respecto a la firmeza de su negativa. Los falangistas, que le habían hecho sentarse ante una mesa cuando fueron a hablarle, frun-

cieron el gesto con torva expresión. Uno de ellos desenvainó el machete que llevaba pendiente del cinto, y con súbita inspiración taimada, habló al señor Ruiz. Puesto que el preso no quería suscribir el artículo, debía firmar un papel en el que hiciera constar esta negativa; a menos —y ahora sonrió maliciosamente el fascista— que el periodista, tuviese miedo de confesar por escrito su acto de desobediencia.

El detenido miró con desprecio al esbirro. Y sin contestarle, requirió papel y pluma y se dispuso a escribir su negativa rotunda. En aquel instante centelleó súbitamente el machete del falangista y, en terrible tajo, seccionó la mano derecha al preso. Este se alzó en un brinco de dolor y con el sangrante muñón salpicó a los verdugos, quienes se abalanzaron contra él, lo sacaron rápidos al patio contiguo y allí lo mataron a tiros de pistola, en presencia de los otros presos, que corrieron desordenadamente hacia el otro extremo, arremolinados por la dramática sorpresa.

Declaraciones del corresponsal de Radio Columbia

PARIS. — El corresponsal de Radio Columbia de los Estados Unidos, H. V. Calterbom, que acaba de regresar de la zona rebelde, pronunció anoche un saludo desde una de las emisoras de París, en la que dijo, entre otras cosas, lo siguiente: «La primera impresión que me hizo la España «blanca», fué el carácter internacional del movimiento que dirige el general Franco. En todas partes, las banderas de Alemania, Italia y Portugal, son izadas al lado de la bandera de España. Las fotografías de Hitler y Mussolini aparecen siempre al lado de las de Franco. En el Gran Hotel de Salamanca, los técnicos alemanes y los aviadores italianos son tantos que no queda sitio para los corresponsales de Prensa extranjera. A excepción de las armas cortas, todo el material de guerra que he visto es extranjero. Alemania ha enseñado muchas cosas a Franco, entre ellas las de salir de apuros por medio del papel moneda. El soldado español tiene poco respeto hacia sus aliados. He preguntado a uno de ellos cuáles eran los mejores soldados y me ha contestado: «Primero, los españoles, después los moros, los portugueses, los alemanes y, en último término, los italianos.»

El principal hotel de Bilbao es actualmente explotado por un joven «nazi» y la ciudad está llena de hombres de negocios alemanes. Mientras que el consulado alemán es el punto más activo de la ciudad, Franco se ha negado al restablecimiento del Consulado británico. Durante un mes, el Cónsul ha insistido en vano para que le autoricen a ocuparse otra vez de los intereses ingleses en Bilbao. De todas maneras, los más fuertemente comprometidos allí son los italianos. En el Gran Cuartel General se me ha dicho que entre los 30.000 soldados extranjeros, la inmensa mayoría son italianos. Franco cuenta, asimismo, con 4.000 aviadores y técnicos alemanes. Cálculos y noticias particulares dan un total de 70.000 extranjeros enrolados en España. Todos los meses, el Japón envía una delegación de expertos a España. Cada vez que los rebeldes toman un tanque, un cañón o un avión, los japoneses caen sobre la pizarra como un epjambre, tomando fotografías y planos detallados de

todo. Los alemanes, además de un gran Embajador, tienen otro como consejero militar, que visita constantemente los frentes. La opinión dominante entre los expertos que acompañan a Franco, es de que en las condiciones modernas, la defensiva es infinitamente más fuerte que la ofensiva. Ello equivale a decir que la solución definitiva de la guerra depende más del estado de la retaguardia que de los campos de batalla.

He preguntado a un experto alemán lo que la guerra podría durar y me ha contestado: «Si debemos ganar en los campos de batalla, la guerra durará, por lo menos, dos años. Nadie espera una solución rápida; en el lado de Franco todos esperaban, en cambio, una revolución en Barcelona, Valencia o Madrid.»—Fabra.

Los nazis que persiguen incesantemente a los católicos salen en defensa de la Iglesia española para fines políticos

BERLIN. — El decreto de la República española renovando el ejercicio de la religión, ha producido verdadero furor en los medios oficiales nacionalsocialistas.

El órgano oficial de este partido, cuya campaña contra las distintas iglesias cristianas, incluyendo la católica, tiene los caracteres de una verdadera persecución, se muestra solícito defensor del catolicismo cuando se trata de España. Hace pocos días, desde sus columnas, aprobó la pastoral de los obispos españoles de la zona facciosa, lo que demuestra que el interés que le merecen los católicos españoles no es sino una maniobra para congraciarse con el pueblo, al que va a ser imposible que se le engañe por mucho tiempo.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

A Hitler, artista incomprendido, le indignan las obras de una Exposición, y refira cuadros y esculturas por incompatibles con el "puro estilo alemán" y destituye al jurado

Recientemente —dice «Le Journal de Moscou»— los fascistas alemanes quisieron demostrar al mundo que en el III Reich la cultura y el arte estaban en pleno apogeo, y organizaron en Munich, ciudad tradicional de las artes, «un día de arte alemán».

La fiesta terminó con un acto apoteósico: un cortejo que simbolizaba el desarrollo de la cultura germana durante dos mil años.

A la cabeza de dicho cortejo marchaban los miembros de la sección de Asalto, llevando innumerables estandartes del partido fascista; y les seguían secciones de Seguridad. Los «camisas negras», armados hasta los dientes, cerraban el desfile. En el cortejo formaban los burgueses de Munich, vestidos con trajes tiroleses y que en los intervalos en que callaba la música militar, se desgañitaban cantando los «couplets» que, ordinariamente, se oyen en las cervecerías.

Esta singular exposición, con revista callejera espectacular, fué organizada por el propio Hitler, en colaboración con Goebbels, Hess y otros hitlerianos.

Y como tal, visitó la «Casa del Arte Alemán», antes de su inauguración. Llegó de improviso, un buen día, para ver qué obras de arte se habían admitido. Quedó descontento e indignado. La Exposición, según él, contenía muchas obras «sediciosas» y ordenó que fueran retiradas algunas de ellas. Algunas, que hicieron un total de ochenta, entre cuadros de pintura y escultura. Eran incompatibles con el «puro espíritu alemán», y no contento con ella, el fñhrer destituyó, en un acceso de cólera, al Jurado de la Exposición.

—Yo obligaré a los artistas a pintar a mi gusto —gritó pateando de rabia. Y nombró a un fotógrafo personal, Comisario de la Exposición. Dicho fotógrafo la completó con obras del gusto de su jefe.

Y se inauguró la Exposición solemnemente, con asistencia de Hitler. Este pronunció un discurso contra la «cultura bolchevique». Declaró que la democracia era la «decadencia de la cultura».

El discurso se parecía mucho al pronunciado el año anterior en el Congreso de Nuremberg.

Hitler ve, en las obras clásicas, impregnadas de sentido ideal, una manifestación de «bolcheviquismo».

La teoría de la cultura que desenvuelve, forma parte integrante de la preparación fascista de la guerra «total». Los verdaderos «mensajeros» de la «cultura alemana», son los cañones Krupp, que se encuentran ante Madrid, y las bombas que los aviones fascistas arrojan con profusión sobre las poblaciones civiles.

Durante la Exposición, se organizaron varias fiestas, y para las teatrales, el mismo Goebbels incluyó una obra clásica; una obra de Lessing. Pero no quiso que se representara «Nathan el sabio», del mismo Lessing, porque acaso recordó que en ella se censura vigorosamente la excitación al odio de raza; ni «Emilia Galotti», en la que fustiga a los despotas de la época. El ministro de Propaganda nazi eligió «Minna de Ramheln», obra de poca importancia. Así daba la impresión de teatro clásico y que Lessing había sido un gran militarista y el precursor de los canibales modernos.

Pero para su desgracia, es muy peligroso para el fascismo alemán propagar a los clásicos. Las mejores obras de éstos, excitan a la lucha por la libertad, a la guerra contra los tiranos. Son de tal actualidad, que parecen escritas en este momento.

Por eso la «popularización de Goethe se limita a las obras más timidas y conservadoras de aquél. Los nazis no pueden mostrar el «Egmond» de Goethe, donde se llama a la lucha contra el tirano, el sombrío tirano; ni el «Goetz de Berlichingen», donde toma la defensa de los campesinos explotados por los terratenientes prusianos.

Tampoco puede confesar que Schiller, en «Perfidias de amor», se subleva porque se venden los jóvenes, en calidad de «Lansquenets» de los feudales germánicos, para América; porque hoy los envían los nazis a España como «Lansquenets».

Los dirigentes fascistas del género del jefe de la Unión de Juventudes hitlerianas, que instruyen a la juventud alemana, no conocen más que un arte: el arte de la guerra.

Los clásicos de la Alemania nazi no son Goethe, ni Schiller, ni Lessing; son los soldadotes del general Banze, para el que la mayor ciencia y arte reside en la marcha «clásica» de los granaderos austriacos.

La lucha en los sectores del frente de Aragón

BARBASTRO. — Han llegado algunos soldados evadidos y dicen que los rebeldes no han podido cultivar ni las mejores tierras, y que este invierno será para ellos trágico, porque les faltarán totalmente muchas de las materias alimenticias de primera necesidad.

El dinero escasea en la zona aragonesa, ocupada por los facciosos, y el cansancio es tan grande que las masas civiles desean la paz a toda costa. También nos han dicho que los elementos de izquierda mantienen firmísima su fe en el

triunfo de los republicanos y que nada desconocen de cuanto ocurre en nuestro campo, como tampoco de lo que sucede en el rebelde, donde la descomposición tiene mayor hondura cada semana que transcurre.

Uno de los evadidos manifestó que se tiene una extraña convicción en Zaragoza de que los rebeldes no quieren traer a este frente tropas italianas o alemanas, prefiriendo sacrificar los escasos contingentes de moros que logran trasladar de África a la zona española de combate.

Figuras de la Comisión Internacional de Ayuda a España

El ilustre profesor de la Sorbona, Henri Wallon, dice: "Creo que el pueblo español, en su lucha contra el fascismo, debe tener a su lado a todos aquellos cuya actividad está consagrada al mantenimiento y al desarrollo de la cultura"

Henri Wallon, el ilustre profesor de Psicología de la Sorbona, es sin disputa uno de los elementos más destacados y prestigiosos de la «Comisión Internacional de Ayuda a España». Sus palabras están llenas de autoridad y fuerza moral, no sólo por la solvencia intelectual del profesor Wallon, reconocida en todo el mundo, sino también por la serena austeridad que caracteriza a su noble y elevado pensamiento. A su regreso de Madrid, le hemos hecho las siguientes preguntas:

—¿Qué impresión hay en los medios culturales franceses sobre el desarrollo de nuestra lucha y sobre los procedimientos empleados aquí por el fascismo?

—«En Francia hay un vasto y valioso grupo de intelectuales que están con la República española porque ésta representa el Derecho y también a consecuencia de los atroces medios de lucha empleados por los rebeldes. Al principio, una gran parte de la prensa francesa pudo hacer creer a muchos que la iniciativa de esta guerra había partido del Gobierno español. Se insistía particularmente sobre los incendios de las iglesias, etc. Debido a ello, incluso los católicos de tipo liberal estaban mal dispuestos hacia los republicanos. Pero la opinión ha variado considerablemente, sobre todo, después de la guerra desencadenada contra el país vasco. Ahora se ve a intelectuales católicos tan notorios como Francis Mauriac y Jacques Maritain pronunciarse claramente contra los rebeldes y condenarlos en nombre de sus creencias.

—¿Qué impresión ha producido en esos mismos medios intelectuales la celebración en España del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura?

—«Sorprendió mucho, en un principio, el deseo de los españoles de que fuese Madrid el lugar donde había de celebrarse el II Congreso de Escritores. Algunos pensaban que esto era simplemente un deseo; pero que el Congreso no podía celebrarse en la capital de España. Pero la verdad es que se ha celebrado en Valencia y en Madrid. Escritores de todos los países han hablado, a su regreso, ante auditorios numerosos y henchidos de entusiasmo. Al declarar que el pueblo madrileño no pierde su magnífica serenidad ante el riesgo permanente de los bombardeos fascistas, han desencadenado los aplausos del pueblo parisino y han obligado a los adversarios de la España republicana a reconocer que es imposible ir a Madrid y volver.»

—¿Cree usted que los artistas, los escritores, los filósofos, los sabios de Europa pueden permanecer al margen de nuestra contienda, o piensa que deben intervenir activamente para evitar el hundimiento de la cultura?

—«Creo que el pueblo español, en su lucha contra el fascismo, debe tener a su lado a todos aque-

llos cuya actividad está consagrada al mantenimiento y al desarrollo de la cultura. La suerte de la cultura en Italia y Alemania es el resultado del fracaso total de los regímenes políticos de ambos países. Nuestras relaciones con los sabios alemanes e italianos, que no se han declarado contra el régimen fascista, nos dejan comprender que ellos reconocen la absoluta decadencia del arte, la literatura y la ciencia en su país. Y lo que les inquieta, sobre todo, es comprobar que el régimen impuesto en los centros de enseñanza fascista no produce más que jóvenes totalmente ignorantes de las disciplinas intelectuales. Si el fascismo triunfara en España, seguiría aquí los mismos procedimientos, y no es dudoso que esta victoria le permitiría extender el mal a otros países, por desgracia para la civilización y la cultura.»

—¿Cómo podrían, a su juicio, las fuerzas intelectuales del mundo ayudar, de un modo positivo y eficaz, al triunfo del Gobierno español?

—«Los intelectuales del mundo entero deben, ante todo, mostrar con claridad los graves inconvenientes del fascismo en lo que se refiere a los problemas de la cultura; deben, igualmente, orientar a la opinión sobre la realidad de los acontecimientos de España, demostrando que la barbarie está en el campo de los rebeldes, que todos los grandes escritores e intelectuales de España se hallan junto al Gobierno de la República, quien, a pesar de las grandes dificultades de la hora presente, ha realizado un admirable esfuerzo en favor de la educación del pueblo, ha multiplicado las escuelas, no sólo de niños, sino también de adultos, abandonados a la más negra ignorancia por el antiguo régimen. Deben decir que incluso el ejército popular está lleno de soldados que han aprendido ahora a leer y escribir. Al divulgar estas ideas en la opinión —y sobre todo, en la opinión popular—, deben ejercer al mismo tiempo una presión cada vez más imperiosa cerca de los gobiernos democráticos para obligarlos a modificar su política con el Gobierno legítimo de España.»

—¿Tiene usted confianza en el triunfo de la República?

—«Absoluta. En primer término, porque tengo la convicción de que la inmensa mayoría del pueblo español es opuesta al fascismo. Durante el mes de octubre encontré en Madrid intelectuales que me confesaron no haberse ocupado nunca de política, pero que preferían morir con el pueblo antes que soportar el régimen degradante del fascismo. Creo en la victoria de la República porque ella ha sabido, en las peores condiciones, organizar su ejército y sus servicios públicos frente al enemigo. Lo que acabamos de ver en Madrid, donde la vida ha vuelto a la normalidad a unos centenares de metros del ejército adversario, es algo que nos autoriza a tener una plena confianza.»

El ilustre escritor alemán Rudolf Leonhard, dice: "Estamos cada vez más persuadidos de que, en fin de cuentas, es aquí en España donde se decide la suerte del antifascismo alemán,"

Rudolf Leonhard es Presidente de la «Schutzverband Deutscher Schriftsteller» (Sindicato de escritores alemanes), que ya existía en Alemania antes de Hitler. A la llegada de éste al Poder, Leonhard se encontraba en París, desde algún tiempo; allí fueron llegando más tarde escritores alemanes emigrados que formaron nuevamente la Sociedad de escritores, con el mismo título que había tenido antes en Alemania. El propósito era dejar bien sentado el hecho de que la literatura alemana seguía su tradición, a pesar de la ola de barbarie desencadenada por las hordas del fascismo pardo.

«Nuestra Sociedad —dice Rudolf Leonhard—, es una organización de combate antihitleriano (ni desfallecimientos, ni tradiciones), para continuar la muy grande y bella tradición creadora de la literatura germánica, y evitar que el nacionalsocialismo destruya y mixtifique esta tradición. Cuenta con elementos tan destacados y prestigiosos como Heinrich Mann, que es presidente honorario, Egon Erwin Kisch, León Feuchtwanger, Anna Seghers, Deblin, Gostav Regler, Hans March-

witzer y otros muchos. Algunos de ellos —y entre los mejores—, están combatiendo con las armas junto al pueblo español.

Valiéndonos de múltiples medios y estrategias, estamos en contacto con el pueblo alemán, y nuestra voz no se pierde en la emigración forzada. La actividad de nuestra organización ha operado un milagro: mientras en Francia, desde hace mucho tiempo, escritores y poetas como Hugo, por ejemplo, procedían del pueblo y vivían con él, en Alemania el escritor estaba alejado, metido en su «torre de marfil» y, con frecuencia, incluso en oposición con la vida popular y nacional. Hoy, la actividad de nuestra lucha ha tenido por efecto la desaparición de este absurdo aislamiento, y todos nos hemos convertido en militantes de un movimiento liberador. La mayoría de nosotros no teme ya confesar esta verdad, cosa que, antes de Hitler, implicaba la pérdida de la independencia profesional, o más bien, de la falsa independencia. Esta transformación obedece a nuestra convicción profunda de que la literatura es algo así como un

(Continúa en la página siguiente)

Un jefe "franquista" admite el bombardeo del "British Corporal"

Cuando se recibió la negativa de Franco de que fueron sus aviones los que bombardearon el buque-tanque inglés «British Corporal», Lord Halifax, actuando de ministro de Relaciones exteriores, jugará la carta decisiva.

Su contestación será la siguiente: «Lo sentimos, pero no podemos aceptar la negativa de responsabilidad. Nuestras autoridades están convencidas de que fueron aviones rebeldes.

Y están apoyadas por nuestro propio almirante de la base de Mallorca, que ha confirmado a nuestro

representante naval que los aviones eran nuestros.»

Estoy seguro de que no hay la menor duda de que los tres trimotores que bombardearon al «British Corporal» el viernes pasado, eran de Franco, y de que el Gobierno británico no aceptará negativa alguna, a pesar de todas las «pruebas» que puedan aportar en contra.

La Nota británica exigirá una satisfacción; el castigo de los aviadores, una compensación y la garantía de que no se tolerará que tales cosas vuelvan a repetirse.

(Daily Express, 12-8-37.)

La juventud alemana aprende la verdad sobre España

En un cuartel de Hannover, un joven soldado, después de haber coleccionado durante quince días las informaciones del «Völkischer Beobachter» sobre España, da lectura de ellas, al terminar el servicio, a todos sus camaradas. Según las primeras informaciones, las tropas de Franco habían llegado ya a los suburbios de Madrid; pero también las informaciones siguientes afirmaban que delante de Madrid, las tropas de Franco habían avanzado de cinco a doce kilómetros. La adición de los kilómetros daba, para los pretendidos avances, un total de más de cien kilómetros. Esta cuenta, presentada por el joven soldado, provocó una hilaridad general. Todas los soldados están convencidos de que las informaciones de la Prensa fascista son falsas.

En una fábrica de Wuppertal, fue colocado un mapa de España en el patio, y cada día iban marcando los frentes con agujas, según las informaciones. Cada medio día, durante el recreo, numerosos jóvenes obreros se reunían y discutían ante el mapa, comunicándose mutuamente las últimas noticias difundidas por la emisora alemana de la Libertad y comprobando que Franco no avanzaba. Un buen día, la línea del frente de Madrid apareció cubierta por un cartelito que llevaba la inscripción «¡No pasarán!»

Durante una velada organizada en el hogar de las Juventudes hitlerianas, cerca de Stuttgart, se discutió el incidente del acorazado «Deutschland». Un joven hitleriano dijo: «Es de lamentar la muerte de nuestros compañeros del «Deutschland», pero ¿qué es lo que el «Deutschland» fue a hacer allí?» Interrogado por el jefe de las Juventudes hitlerianas, el muchacho declaró abiertamente: «He oído decir por la estación emisora de la Libertad que el «Deutschland» se hallaba en un puerto de Franco, donde el acorazado no tenía nada que buscar allí. El jefe de las Juventudes hitlerianas subrayó entonces, una vez más, que estaba prohibido escuchar las estaciones extranjeras, especialmente Strasburgo, Luxemburgo, Moscú, Praga, Madrid, Barcelona y la emisora de la Libertad. Sin embargo, los jóvenes escuchan casi cada tarde las informaciones de las estaciones extranjeras.

En un cuartel de Berlín, los soldados de diferentes secciones especiales fueron invitados a ofrecerse «voluntariamente» para el servicio de España. Se presentaron sólo catorce soldados. Los oficiales trataron de persuadir, sobre todo, a un cabo destinado a incorporarlo al servicio de España en calidad de jefe de la Sección especial. Cuando rehusó obstinadamente, se entabló una viva discusión entre los soldados. El cabo declaró: «Soy un soldado alemán, y lo que los españoles hagan en su país no me concierne.

Los españoles tienen, por lo demás, el derecho de ser dueños de su país.»

Un joven obrero, miembro de las Juventudes hitlerianas de Essen, relata que las Juventudes, lejos de entusiasmarse por la guerra, temen mucho que la intervención de Hitler en España no implique a Alemania en una guerra. En las discusiones que tienen lugar entre los jóvenes, éstos no cesan de repetir que la Prensa nacionalsocialista está llena de informaciones falsas.

En una región de la Alemania occidental, las Juventudes antifascistas recogen cada día, por medio de colectas, de quince a veinte marcos, que son enviados a España. Una parte de las Juventudes hitlerianas del mismo distrito, encargadas regularmente de la recogida de basuras en las casas, envían a España el resultado de la venta de sus «mejores piezas».

Tres jóvenes de la cuenca del Sarre, a punto de ser reclutados para el servicio militar, han pasado clandestinamente la frontera y han logrado llegar a España, donde se han enrolado en el Ejército del pueblo. Se conocen ejemplos análogos de muchas otras regiones industriales de Alemania.

(«Nosotros», Valencia, 16-8-1937.)

Un motín en un aeródromo alemán

Los obreros, gente de tercera clase

Un comandante que tiene que huir

ZURICH, 14. — Noticias de Alemania dan cuenta de un grave motín que ha estallado en Friburgo (Baden), en el aeródromo militar, por querer obligar al comandante a unos pilotos a utilizar aparatos recién salidos del taller de reparaciones, en donde habían sido reparados con material de desecho.

Cuando más fuerte era el tumulto, recibió la noticia telefónica de que un avión que había emprendido el vuelo en estas condiciones había caído, resultando muertos los dos hombres que llevaba. Esta noticia enardeció aún más los ánimos, y el comandante hubo de salir huyendo. — A. I. M. A.

Este Boletín se reparte gratuitamente

Figuras de la Comisión Internacional de...

(Continuación)

interés material, amenazado hoy por Hitler, y al que es preciso defender a toda costa.

Nosotros, alemanes, sabemos exactamente cuál es el verdadero sentido de vuestra lucha. La muerte de lord Byron en Grecia fué algo magnífico, como rasgo romántico del gran señor que ayuda a una nación oprimida; también es emocionante el gesto de los garibaldinos que combatieron con las armas en defensa de la libertad de una burguesía naciente. Pero lo que sucede hoy en España es totalmente distinto. Nosotros no os ayudamos sólo por ayudar; defendemos, al mismo tiempo, una causa común, y, sobre todo, la parte de una causa que nos atañe muy directamente, porque vuestro triunfo sobre el fascismo supone el triunfo de la cultura sobre la estupidez organizada. Esta epopeya vuestra tiene, además, la virtud de aclarar muchos conceptos vagos. La frase típica de que «el fascismo es la guerra y conduce a la guerra», ha originado un estado general de ánimo, difundido en el mundo la resignación ante el hecho de que el fascismo es un fenómeno inevitable y fatal, aunque no definitivo. Este fatalismo ha dado amargos frutos: Rhenania, Abisinia, España e incluso el Japón. Pero vosotros habéis roto ese tópico, habéis aniquilado esa resignación, combatiendo y resistiendo heroicamente desde hace más de un año. Vuestra resistencia ejemplar, acaso haya determinado ahora la de China, donde existe una moral de combate y, lo que es más importante, grandes posibilidades de establecer un Frente Popular. Por todo ello, estamos cada vez más persuadidos de que, en fin de cuentas, es aquí en España donde se decide la suerte del antifascismo alemán. Por otra parte, en el mundo ha tomado cuerpo el internacionalismo obrero —que no niega los valores peculiares de cada nación—, y lo que antes era sólo ayuda, hoy es solidaridad,

es decir, lucha directa por el triunfo de una causa que es tan vuestra como nuestra.

La misión específica del escritor consiste en decir y proclamar la verdad. Para propagar vuestra verdad, me considero como un alistado voluntario que no puede ni debe cejar un momento en el combate.»

—Y de Madrid, ¿qué impresión trae?

«Magnífica. El general Miaja, con su cabeza de buen español; Ortega, con la finura fisiológica que da la inteligencia; el comisario Antón, con su amplia sonrisa, son hombres que defienden para nosotros —y con nosotros— la literatura alemana. Tengo el propósito de hacer públicos, a mi regreso, una serie de hechos, al parecer fútiles, pero que a mi juicio constituyen una prueba esencial. Vuestro Ejército, por ejemplo, no es un Ejército a la manera imperialista. He visto al «Campesino» llamar a un soldado que, al llegar junto a él, le ha cogido amistosamente del brazo. Esto, a un alemán, por antifascista que sea, si ha creído en Alemania y ha visto aquel ejército del kaiser, le parece un hecho, no ya raro e inesperado, sino francamente imposible. Pero he podido comprobar —y esto es lo extraordinario— que esa camaradería no implica, en absoluto, la más leve falta de disciplina, porque vuestros soldados obedecen y se batan como los buenos.

Uno de los momentos que recordaré siempre con más emoción —y tenga en cuenta que he asistido a miles de actos políticos— es el de la aparición del general Miaja durante el acto celebrado por el Comité de Ayuda a España en el cine Salamanca de Madrid. Jamás he visto un pueblo tan unánime en el entusiasmo y la admiración por su defensor. En cuanto al pueblo madrileño, me parece admirable y único.»

“En Australia los conservadores y los obreros católicos están al lado de la República española”, nos dice Mr. Fisher, representante australiano en la Delegación del Comité de Ayuda a España

Mr. John Fisher, hijo de Mr. Andrew Fisher, que fué primer ministro de Australia, nos ha expuesto la situación política y social de su país con respecto a la causa de la España republicana.

—Australia —nos dice—, dominio inglés autónomo, tiene en cierto modo una constitución federal; está dividida en seis provincias; cada provincia tiene su Gobierno, y todos dependen de un Poder central. Viene a ser, si así puede decirse, una República... con un rey, puesto que el de Inglaterra es también nuestro soberano.

—¿Y el matiz del Gobierno australiano?

—Es completamente conservador en la actualidad, fiel reflejo del inglés. Sin embargo, puede destacarse el caso del primer ministro de Tasmania, Mr. Ogilvie, que es absolutamente adicto a la causa de la República española... como lo es, en general, la opinión de toda Australia, principalmente la de dos grandes sectores.

—¿Que son?

—Primero, naturalmente, el elemento intelectual, que es allí fuertemente antifascista, como es lógico, pues en cualquier parte del mundo la idea de verdadera intelectualidad lleva forzosamente emparejada la de amor a la libertad y al progreso. El segundo sector adicto a vuestra causa, es el obrero.

—Naturalmente, también!

—Es que en Australia, el proletariado presenta características especialísimas. Sin duda es uno de los mejores organizados del mundo. De los seis millones setecientos mil habitantes que componen la población australiana, más de novecientos mil están encuadrados en sindicatos; todos los obreros sindicados están con la República española, y es de notar que un veinticinco por ciento

de los mismos, son acendradamente católicos.

—¿Cómo es eso?

—Sencillamente, porque son irlandeses. Esto contribuye a que la Iglesia católica tenga una influencia considerable sobre nuestro partido socialista, lo cual no impide que para el obrero católico, que sabe sentir sincera y hondamente su religión, la causa de nuestro pueblo sea la causa de Dios. Y nuestro «Spanish Relief Committee», o sea nuestro «Comité de Ayuda a las víctimas del fascismo español», está formado en gran parte por los jefes de los principales sindicatos australianos, que son personajes eminentes del país.

—¿No padecen ustedes allí movimiento de tipo fascistoide?

—Lo hemos padecido. Hace cinco años, el «New Guard», que es el partido fascista australiano, dió algo que hacer. Ahora, con el Gobierno conservador actual, está callado. Pero siempre tenemos el peligro de que despierte de su letargo si, como lo esperamos, las próximas elecciones, que se celebrarán antes de fin de año, dan el triunfo al Labour Party.

—¿Cambiaría, en tal caso, la opinión pública australiana con respecto a nosotros?

—No; en mi país hasta los elementos conservadores le tienen miedo a la implantación del fascismo en España, que para Australia, pese a la enorme distancia que nos separa de ustedes, constituiría una catástrofe.

—Y explica:

—Tengan en cuenta que los laneo, donde el establecimiento de como económicos, que nos unen a Inglaterra, pasan por el Mediterráneo, donde el establecimiento de un nuevo poder imperialista italo-alemán, nos perjudicaría considerablemente, además de que, esto lo

vernos bien claro, amenazaría la paz del mundo. Por razones no sólo de estricta humanidad y justicia, sino también de interés propio, toda Australia se siente indignada por la actitud cobarde y torpe de las democracias con respecto a la España republicana, y desea que el Gobierno de Inglaterra se decida a intervenir de una manera franca y eficaz en favor del Gobierno legítimo de la República española.

Mr. John Fisher, que nos visitó ya en el mes de noviembre pasado, nos ha manifestado por último su admiración y su simpatía por nuestro Ejército:

—He observado —nos dice— el gran espíritu democrático que, dentro de una perfecta disciplina, reina en el Ejército republicano español. Precisamente, en mi calidad de australiano, nada podía serme más grato y simpático, pues durante la guerra europea, el ejército australiano se destacó, entre todos, por ese mismo carácter democrático que hoy distingue al de ustedes; esto es un lazo más, a través de la distancia material, que une al pueblo australiano y al pueblo español.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

En toda Guipúzcoa existe un gran malestar, que se acentúa día por día

Los sucesos ocurridos días atrás en San Sebastián, y que determinaron medida tan extraordinaria como el cierre de la frontera, por decisión de las autoridades facciosas de Guipúzcoa, tuvieron su origen en las profundas discordias que minan la unidad de las fuerzas rebeldes. Al parecer, los falangistas se tiran con los requetés y con fuerzas alemanas dentro del casco urbano de San Sebastián.

En toda Guipúzcoa existe un gran malestar, que se acentúa día a día.

En el puerto de Cádiz se desembarca material de guerra de navíos italianos y alemanes, mientras los soldados de estas nacionalidades son los únicos que circulan armados

Gibraltar.—Los únicos soldados armados que pueden verse en la ciudad y en la provincia de Cádiz, son italianos y alemanes.

Todos los soldados españoles, sean falangistas o requetés, circulan ahora desarmados.

Se nota un profundo malestar en toda Andalucía, en tanto que, según el subdito británico que ha pasado varios días en Cádiz, gran número de barcos italianos y alemanes ha desembarcado material de guerra en el muelle de Cádiz. Igualmente ha sido desembarcado material de un submarino alemán. «Agencia España».

Los ex diputados de las Constituyentes asesinados por los facciosos

Hasta ahora, no tenemos noticia de que se haya publicado la lista de los diputados o ex diputados republicanos, socialistas y comunistas, que han sido cobardemente asesinados por los facciosos. Se han referido algunos de estos crímenes; pero no se ha dicho cuántos son. Una estadística completa es imposible establecerla todavía. Habrán muerto muchos de los que ahora no se tiene noticia. Otros, a quienes se daba por muertos— el caso de Alfonso Pazos, recientemente llegado a territorio leal—, estarán ocultos, tal vez anudando peligrosamente los hilos de una temeraria conspiración contra los generales felones.

Pero una estadística parcial, que sirva de indicio para que en el extranjero juzguen con qué morboso ahínco y con qué ociosa alevosía han ido sacrificando los fascistas a todos aquellos ciudadanos que han cometido como único delito el de dar a España una legalidad, sí puede anticiparse.

Así, se han ensañado particularmente con los que fueron diputados de las primeras Cortes Constituyentes, con los que redactaron y votaron nuestro Código fundamental. ¡Ah, esos nefandos crímenes de haber disuelto la Compañía de Jesús, sin llegar a expulsarla de España a una de caballo, como hiciera el catolicísimo monarca Carlos III; de haber expropiado unos latifundios a los ex grandes de España; de haber sancionado favorablemente las reformas militares de Azaña! Esas supuestas monstruosidades—en realidad, tímidos ensayos de manumitir a España del clericalismo, del militarismo y de la plutocracia—, no las perdonarán jamás los facciosos a los beneméritos diputados de las Constituyentes.

Por ello, la primera preocupación de los rebeldes, allí donde vencieron por sorpresa, fué apresar a los ex diputados de las Constituyentes. Nada que cohonestase el más ligero castigo podían alegar contra ellos. No tuvieron tiempo ni medios para luchar —y ello hubiera sido, no sólo lícito, sino glorioso— contra la sedición. Se les detuvo en sus casas; en sus despachos, en el taller, en la oficina. A unos se les sometió a una ficción de juicio; a otros se les asesinó súbitamente. A algunos se les vejó y atormentó, antes de darles muerte.

Ya decimos que nuestra relación es incompleta. Sólo publicamos los nombres de aquellos ex diputados de las Constituyentes, cuyo asesinato nos consta por modo irrefutable. He aquí sus nombres: Antonio Acuña, que representó en las Constituyentes a Melilla; Domingo Alonso, ex diputado por Toledo; Eugenio Arbones, de Pontevedra; Enrique Heraclio Botaña, de Pontevedra; Miguel Castaño, de León; Leopoldo García Alas, de Oviedo; Joaquín García Hidalgo, de Córdoba; José Garrote, de Valladolid; Alejandro Jaume, de Baleares; Juan Lozano, de Jaén; Pedro Molpeceres, de Cádiz; Ramón Navarro Vives, de Cartagena; Manuel Olmedo, de Sevilla; José Polanco, de Granada; Matías Peñalba, de Palencia; Juan José Santa Cruz, de Granada; Venancio Sarriá, de Zaragoza; José Suñol, de Barcelona; Gregorio Vilatela, de Teruel, y Filiberto Villalobos, de Salamanca.

Veinte en total. Veinte, que se sepa; que, desgraciadamente, la cifra habrá que multiplicarla cuando, vencedor el Ejército Popular, se haga el trágico balance de la guerra.

Entre estos veinte había hombres de todas las profesiones: funcionarios de Correos, labradores, médicos, tipógrafos, ingenieros, catedráticos, comerciantes, periodistas, abogados, representantes de comercio, veterinarios, albañiles... Representación podíamos decir, ecuménica, de la España laboriosa, como lo fueron las Cortes Constituyentes. De aquellas Cortes que procesaron y encarcelaron a más de una docena de generales —todos los cuales, salvo los que han muerto, están hoy en la insurrección— y a Juan March, el primer proveedor de fondos de los traidores.

MARCOS LEON

(De «A B C», de Madrid)